

y concejales á sencillos obreros, modestos mozos de estación, ordenanzas, etc.

Los resultados fueron desastrosos; el derroche financiero fué tal y la desorganización tan rápida que hubo que librarse de ellos en las primeras elecciones.

En todas partes las consecuencias han sido las mismas. En Alsacia-Lorena, por ejemplo, las últimas elecciones eliminaron á los obreros de todos los Ayuntamientos, especialmente en Strasbourg y Mulhouse. En esta última ciudad se habían entregado á tales desórdenes administrativos que ni un solo concejal pudo ser reelegido.

Como los pueblos no se instruyen sino por la experiencia, á veces conviene hacer ensayos, por ruinosos que sean, para evitar mayores males en el porvenir. El gobierno de todos los ayuntamientos de Francia por obreros socialistas engendraría seguramente en pocos meses un intenso horror al socialismo. Entonces, solamente, las multitudes se convencerían de que la naturaleza se ha negado obstinadamente á crear hombres iguales, que la capacidad es el primero de los poderes, y que el poderío, la fuerza y la riqueza de un país están constituidos únicamente por una pequeña aristocracia de espíritus superiores: sabios, industriales, artistas, ingenieros, obreros selectos, etc. Las masas no se apoderarán nunca de la riqueza, como lo piden tantos fanáticos imbéciles, porque la riqueza es la inteligencia y de esta propiedad no se puede despojar á nadie.

CAPÍTULO IV

Las formas nuevas de la aspiración popular.

Considerada en sus resultados inmediatos, la huelga de los funcionarios de Correos apareció como un incidente semejante á toda huelga; pero apreciada en sus causas lejanas, representaba, por el contrario, uno de esos acontecimientos que señalan una nueva fase de la Historia, como la toma de Bizancio, por ejemplo.

En efecto, por primera vez se observó el principio de la disgregación de una sociedad en pequeños grupos homogéneos, que no poseen otro patriotismo que el del grupo á que pertenecen, y dispuestos á sacrificar el interés general, en cuanto con ello encuentren alguna ventaja particular. El mundo civilizado ha visto con asombro á esos funcionarios tratar al resto de la nación como ciudad sitiada, á la que el enemigo pretende reducir por hambre, sin preocuparse de las ruinas que podría ocasionar tal detención de la vida pública.

Este egoísmo corporativo, sustituyendo al interés general, llamó mucho la atención á los extranjeros. He aquí lo que dijo con este motivo el más importante de los grandes periódicos ingleses, *The Times*:

Es triste comprobar que la huelga actual ilumina siniestramente ciertos aspectos de la vida nacional en Francia.

... Si la crisis actual europea se hubiese resuelto repentinamente por una guerra, el poder militar de Francia hubiera sido reducido en algunos días á su mínima expresión, y un terrible desastre nacional hubiera sido inevitable.

... Un cuerpo de funcionarios públicos que en momentos de ansiedad y de dificultad internacionales no tiene en cuenta tales consideraciones, carece necesariamente de la inteligencia más rudimentaria ó de los menores elementos de patriotismo.

Pero el desprecio de un grupo de ciudadanos hacia el interés general es sólo una de las enseñanzas de esta huelga. Hay otras varias.

Su repentina explosión fué la consecuencia de la formación de energías sociales nuevas, inadvertidas, pero que han ido creciendo en la sombra desde hace tiempo. Conscientes de su fuerza, se han alzado ante el estatismo parlamentario y por un éxito rápido han demostrado cuál podría ser su influencia.

Este poder imprevisto se eleva tanto contra el poder del Estado como contra el del socialismo, hijo del estatismo. Los colectivistas se equivocaron al felicitarse del éxito de una huelga de la que, evidentemente, no comprendían el significado.

El triunfo de los funcionarios de Correos fué favorecido por la impopularidad creciente de un Parlamento que no ha sabido más que dictar leyes incoherentes y perseguir, con cruel intolerancia, clases enteras de ciudadanos.

La historia, referida en el Congreso, de una empleada de Correos cuya cesantía exigía el prefecto sólo porque iba á misa, provocó en el público una verdadera explosión de indignación é influyó mucho en la simpatía manifestada á los huelguistas.

Esta nueva evolución de las aspiraciones populares nos conduce á un período de anarquía y regresión. La Revolución reemplazó las corporaciones por la libertad y ahora las corporaciones se restablecen; había suprimido el impuesto personal para evitar la investigación fiscal, y se trata de restablecer esta inquisición, más opresiva que las antiguas persecuciones religiosas. Las antiguas tiranías van renaciendo, cambiando tan sólo de nombre. La única libertad del porvenir será la de odiarnos, pues la teocracia sindicalista no tolera otras.

Lo repentino de la huelga y su carencia de motivos prueba claramente que provenía de un nuevo estado mental de las multitudes. Una vez declarada, los funcionarios buscaron, con gran trabajo, causas que la originaran; sus anuncios demostraron claramente esta dificultad.

En una proclama del Consejo central de la huelga, publicada por *Le Matin* del 19 de Marzo de 1909, se dice:

Nunca hemos considerado la huelga como un medio de defensa profesional, sólo que las injurias dirigidas por Mr. Symian á nuestras compañeras han provocado la indignación de todo el personal.

Pero comprendiendo que el hecho de haber dirigido á las empleadas nombres de volátiles, poco reputados por su inteligencia, no es suficiente para justificar la paralización de la vida de un país, los huelguistas buscaron otros motivos. Sólo pudieron invocar un vago favoritismo, utilizado por la mayoría de los funcionarios y cuyo único resultado era hacer ganar de puestos tres meses á empleados que ascendían automáticamente cada tres años.

En realidad la huelga tuvo otras causas, y la situación de los empleados de Correos no la justificaba de modo alguno.

Esta situación era, en efecto, absolutamente privilegiada. Considerados como agentes electorales útiles, tenían, desde hace quince años, satisfechas todas sus exigencias. Mejor pagados que la mayoría de los empleados y mucho más que los mejores obreros, sólo poseían la instrucción primaria de estos últimos y ejecutaban un trabajo bastante más fácil.

El empleado que dirigió la huelga cobraba, incluyendo las indemnizaciones, 6.000 francos anuales, y el empleado más descalificado está seguro de llegar á los cuarenta y cinco años á 4.400 francos si trabaja en una oficina fija, y á 5.500 si es ambulante. El retiro representa los dos tercios del sueldo. El ascenso por méritos se realiza cada tres años y los menos capaces se retrasan sólo tres meses. Al publicar las instrucciones que regulan el ascenso, los periódicos hicieron notar la indulgencia de la Administración y las muy malas notas que había que tener para no avanzar más que por antigüedad. He aquí lo que dicen esas instrucciones:

El ascenso por antigüedad corresponderá al personal de los servicios de ejecución, de dirección y de vigilancia que dé muestras de faltas de celo, de asiduidad, de exactitud, de autoridad y negligencia graves ó repetidas en el servicio.

Entonces, ¿por qué la huelga?

Fué sencillamente una crisis de la vanidad colectiva, exasperada en personas conscientes de la fuerza artificial que se les había dejado adquirir. He aquí la génesis:

Los ministros y subsecretarios que se han sucedido desde hace diez ó doce años—decía *Le Temps*—han tenido por política conquistar á cualquier precio el favor de sus subordinados. *A priori* todas las reclamaciones del personal eran—para los ministros y subsecretarios—justas en principio y fáciles de satisfacer. Y aun cuando estas reclamaciones fuesen formuladas en tono imperativo—y ésta llegó á ser la regla constante,—lo mismo se accedía, porque convenía evitar un conflicto, y lo que con ello se hacía era prepararle, y más grave aún que el que pudiera haber surgido, negando las peticiones.

El poder adulaba servilmente á los delegados de la Asociación. Su presidente, según se ha dicho, «comía todas las semanas con el subsecretario que le consultaba sobre las promociones, los ascensos y los nombramientos de los directores».

Á consecuencia de ciertas discusiones se manifestó un brusco enfriamiento, cuyo punto de partida fué la insuficiencia de créditos, incapaces de satisfacer exigencias crecientes. Estos empleados, acostumbrados á tratar como amos á jefes muy deferentes, se indignaron ante un intento de resistencia y comenzaron á amenazar. El conflicto se hacía, psicológicamente, evidente á la primera negativa que formulase un poder siempre dispuesto á ceder.

Este conflicto estalló ruidosamente por el más fútil pretexto. El 13 de Marzo, una delegación que no había conseguido del ministro lo que exigía, es decir, la supresión del ascenso á elección, salió de la audiencia lanzando gritos de furor y se precipitó hacia la Central de Telégrafos, donde sembró el desorden con sus vociferaciones, y comenzó la huelga. Ésta fué votada por unanimidad al día siguiente por los funcionarios de Correos y telegrafistas reunidos en el Tívoli Vauxhall.

Ya se conocen sus resultados. Después de algunos días de ligera resistencia y de amenazas de cesantía, el gobierno, á pesar del apoyo del Congreso, capituló del modo más completo y humillante.

En efecto, los ministros, que disponían de todo el poder público, cedieron humildemente á las órdenes insolentemente formuladas por los empleados insubordinados.

El representante de los empleados de Correos supo muy bien hacer notar la forma humillante de la derrota ante sus compañeros, entusiasmados por un éxito tan imprevisto.

Cuando vi ayer, en el despacho del presidente del Consejo de ministros, á los gobernantes pedirnos de rodillas, por decirlo así, la terminación del conflicto, he pensado que somos fuertes porque somos gente decidida.

Los huelguistas no tardaron en deducir las enseñanzas de su triunfo, que han sido claramente indicadas por uno de sus delegados:

Hemos aprendido por nuestro movimiento la significación de la palabra jefe. Para nosotros no hay jefes... Ya no somos subordinados, sino colaboradores.

Este delegado fué muy modesto calificando á los carteros de colaboradores. Hubiera podido decir con más exactitud: nosotros somos los amos, como lo hemos demostrado y lo demostraremos todavía.

En efecto, ¿qué freno moral podría detener ya á empleados que saben que no tienen más que amenazar para obtener? Todos, ahora, incluso la corporación de guardias de orden público, presentan reclamaciones.

El ciudadano Pataud, que es un psicólogo muy perito, ha deducido mejor la lección de esta triste aventura:

«Los directores—escribía—han cometido una falta imperdonable, cual es haber dejado adquirir conciencia de su fuerza á empleados que no suponían siquiera tenerla.»

El mismo ciudadano Pataud no ignora el valor de la disciplina. Este sagaz déspota sabe hacerse obedecer por funcionarios sobre los cuales el gobierno no tiene acción, y así ha podido asegurar en público que si ordenara echar á todos los jefes de fábrica en las calderas sería instantáneamente obedecido. Agradecámosle que retarde un poco la realización de sus amenazas.

Los periódicos socialistas también observaron las consecuencias del triunfo de la huelga.

He aquí lo que escribía uno de los más importantes:

El proletariado puede darse cuenta de la fuerza que le daría la posesión de las comunicaciones postales, telefónicas y telegráficas, cuando se apoderara de ellas para su único uso, no como en la huelga presente, para una reivindicación particular, ó para el despido de un subsecretario, sino para una lucha general en la hora decisiva para conseguir su emancipación.

Una vez en el camino de las concesiones cobardes, hay que recorrerle hasta el final, y eso es lo que hacemos ahora.

Los periódicos han hablado de la inverosímil enormidad de que el Consejo de administración de los ferrocarriles del Estado haya decidido nombrar como adjunto á uno de los secretarios de esta

Confederación revolucionaria del trabajo, que no oculta su intención de destruir violentamente la sociedad. Ya se ve hasta qué extremo conduce el miedo, y es de presumir el porvenir que espera á los jefes, no contando más que con la despreciativa piedad de sus subordinados.

El éxito de los empleados insubordinados, aunque momentáneo, traerá consecuencias profundas y lejanas, pero no me ocuparé aquí sino de las más próximas.

Vamos á asistir á una rápida desorganización general, hace tiempo empezada. Hacienda, servicios públicos, marina, y pronto el ejército, todo se desmoronará más ó menos lenta, pero seguramente.

Sobre todo las fuerzas morales, únicas armaduras reales de una sociedad, son las que se quiebran ahora.

Tal fenómeno no es obra de un día; durante muchos años, políticos ávidos de éxito no dejaron de atraer á sus electores con promesas irrealizables y adular los más bajos instintos populares. Las juntas electorales, los maestros y los taberneros se están convirtiendo en nuestros verdaderos amos. De tal colaboración ¿qué ideal puede resultar? Todas las jerarquías, disciplinas y sacrificios ante el interés público fueron destruidos lentamente. Y no se destruyen impunemente tales sentimientos en las almas.

La anarquía que vemos iniciarse es, pues, inevitable, y apenas hay tiempo de meditar en las enseñanzas de la Historia. En Roma, en Atenas, en las repúblicas italianas, en todas partes, la anarquía trajo siempre las más duras dictaduras.

..

Los políticos, naturalmente, han buscado remedios á la situación creada por la huelga de carteros; pero, imbuídos por la gran ilusión latina de la omnipotencia de las leyes, propusieron inmediatamente combatir el desorden con disposiciones legislativas, y el gobierno hizo en seguida una ley sobre el reglamento de los empleados destinada á castigar á los que se declarasen en huelga. Tal grado de puerilidad es asombroso, y lo más chocante es ver á un periódico serio, que ha demostrado siempre cómo el gobierno pasaba «de la energía de la palabra á la cobardía de los actos», creer en la eficacia de tales medidas. ¿Se puede admitir que cuando diez mil empleados se declaran en huelga, la perspectiva de la cesantía ó de la cárcel podrá contenerlos? Ya se les amenazó con la cesantía durante la última huelga y la amenaza no ejerció sobre ellos la menor influencia.

Este medio no ha sido el único propuesto; la discusión de la huelga en el Parlamento dió ocasión á que surgiesen otros más cándidos todavía. Un diputado, verdaderamente candoroso, aseguró en el Congreso que todo volvería al orden si fuera nombrado ministro el subsecretario de Correos. No sabemos salir de las palabras y las fórmulas.

Sólo había un remedio después de la segunda huelga, y hubo que recurrir necesariamente á él.

La conducta que había que seguir era exactamente la misma que se imponía cuando la huelga de los electricistas de los sectores, cuyos directores, por su pusilanimidad, determinaron en gran parte la huelga de los de Correos.

Cuando un ejército, en presencia de otro, se encuentra en la imposibilidad de huir, no le queda sino dos partidos: ó constituirse prisionero, ó com-

batir. Cediendo, se pone á discreción del vencedor, que se aprovechará de su victoria; defendiéndose, puede triunfar, y si es vencido, su suerte no será más dura, y á lo menos habrá salvado el honor.

La única decisión eficaz para el gobierno, que contaba con el apoyo del Congreso, era presentar la batalla á las fuerzas coligadas contra él.

Los electricistas, los empleados de ferrocarriles y muchas administraciones se hubieran unido á los de Correos, el desorden hubiera transcendido á la calle y París hubiera sentido hambre durante algunos días. La lucha acaso hubiera sido dura, pero el éxito cierto. Cediendo cobardemente, no se han evitado futuros combates, cuyo triunfo será menos seguro, porque si hoy todavía es posible apoyarse en el ejército, dentro de pocos años no lo será probablemente. No había, pues, más que un momento difícil de pasar, y más valía aceptarlo para evitar otros más sombríos. Dos principios contrarios, el orden y la revolución, no pueden subsistir simultáneamente. Muchos trastornos han sufrido los pueblos, pero no se puede citar ninguno que haya vivido durante mucho tiempo en un estado de revolución permanente, como el en que entramos.

Es inútil insistir sobre una tesis justa, pero que no se ha atrevido á adoptar un gobierno cuyo diversos ministros habían fomentado varias huelgas y empleado el desorden para llegar al poder.

Atengámonos, pues, únicamente á las consideraciones de filosofía pura, aunque sean muy vanas.

¿Las fuerzas sociales antagónicas en presencia son inconciliables?

No lo son en teoría, puesto que su antagonismo es sólo aparente; desgraciadamente, lo son en la práctica porque una de las fuerzas rivales deriva

de sentimientos sobre los cuales no tiene acción la razón. El odio, la envidia, la magia de las palabras y de las fórmulas pertenecen á la categoría de los poderes á los que no alcanza la lógica.

Lo que habría que modificar son los espíritus y no las instituciones políticas, pues estas últimas, nacidas de las necesidades económicas, escapan siempre á nuestra acción.

Difícil es cambiar las representaciones mentales erróneas que la multitud tiene de las realidades y calmar sus envidias y sus furores. Está lejano el día en que los políticos comprendan que una sociedad no se reconstruye conforme á sus caprichos, que el Estado no es una divinidad bastante poderosa para trasformarlo todo y, en fin, que el perfeccionamiento de un pueblo depende únicamente del progreso mental de los individuos que lo componen.

El sindicalismo actual, del cual es una manifestación la huelga de los empleados de Correos, es peligroso, no por sus fines quiméricos, sino por una disciplina y una energía á las cuales un Parlamento desacreditado, dividido y sin fuerza sólo opone su incoherencia y debilidad.

La experiencia del pasado prueba que el mundo ha pertenecido siempre á los audaces, dominados por un ideal potente, cualquiera que fuera su valor. Con voluntades fuertes, sostenidas por convicciones poderosas, fueron destruídos los grandes imperios y fundadas grandes religiones capaces de dominar las almas.

La debilidad filosófica de los nuevos dogmas no dificulta su propagación, pues las voluntades disciplinadas y activas que los defienden los hacen temibles. Les bastaría mantenerse para crear un derecho nuevo, porque el derecho no es sino la fuerza que dura.